Las operaciones propias del intermediario son de importancia y provecho para la sociedad y para los socios y quizás son las más fáciles. Se reducen á buscar mercado á los productos; á que el mismo labrador, sin necesidad de corredores, venda directamente sus productos al que los ha de consumir, cosa que no puede hacer cada uno por sí solo y que es fácil asociándose varios. No es necesario hacer por demostrar las ventajas de la asociación para este objeto por estar en la conciencia de todos.

La conclusión aconseja constituir las asociaciones para los tres fines de consumo, de producción y de crédito, si bien empezando por los organismos que encarnen mejor en las necesidades, recursos y aptitudes de cada comarca.

Al tratar de aplicar este consejo en la nuestra, debo aplaudir el artículo publicado en este periódico con el título «Una cooperativa para el vino», no solo por lo bien que su autor ha comprendido lo que es una cooperativa, que siempre cobra sus servicios á los socios, sino también porque, apesar de tratarse de una cooperativa de producción, ha puesto, como vulgarmente se dice el dedo en la llaga. Con efecto, la llaga de nuestra agricultura está en la falta de salida de los vinos, está abierta y viva y es la que exige con más imperio el cauterio de la asociación. Hay otras ¡claro que sí! que tienen bastante importancia, pero es esa la que más molesta, la que más paraliza nuestras fuerzas y la que más nos entorpece en nuestra marcha. No sé si lo accidental de ese artículo está conforme con la realidad, ni si los cálculos están bien hechos, pero me consta que lo esencial que en él se dice, es verdad pu- revela buena voluntad, más digna de aplauso por lo rara entre nosotros, que por los resultados que le reserve el porvenir.

Pero sea ese ú otro cualquiera el objeto inmediato de la asociación en nuestra comarca, lo esencial, á mi juicio, es empezar.

Concluyo con este artículo de ocuparme por ahora de asociacion, con la firme creencia de no haber conseguido que se piense en este problema, pero con la satisfacción de haber cumplido con mi deber de decir á los lectores de La Juventud Torralbeña algo que pueda serles útil.

Soy de V. affmo. S. S.

q. b. s. m.

E. Miguel Arenas.

Barcelona 17 de Abril de 1898.

DOS SONETOS

A ESPAÑA

I

¿Dónde guardas, España, la osadía
con que al orbe dejastes asombrado?
Dónde tienes tu Ejército afamado
por su bélico ardor y valentía?

¿Que intentas, pues, hacer de tu hidalguía?
¿Que pretendes hacer, pueblo adorado,
del valor que tú siempre has demostrado
en reñidos combates á porfía?

¡Despierta, España, y fija en tu memoria
tu pasado explendor y tu riqueza;
vuelve ya á recobrar tu ardor primero;

y al acordarte, España, de tu gloria,
demuestra por tus hechos tu grandeza,
y asombra tú otra vez al mundo entero!

II

A.....

¿Como será el amor que por tí siento,
que aunque olvidarme de tí haya querido,
solo adorarte más he conseguido,
sin poder alcanzar nunca mi intento?

Comprende que mi amor es un portento;
pues si á la ausencia, hermosa, he recurrido
para olvidarte; entonces te he querido
con mayor ilusión y más contento.

¿Y que le voy á hacer?.. Si es ya mi suerte
con tal fuerza y pasión á tí adorarte;
¿para qué intentar más no recordarte,

sabiendo que es mi amor por tí tan fuerte,
que si el principio, niña, es olvidarte,
ha de ser el final siempre quererte?

Juan José Gómez Salcedo.

A Enrique López Peña

Héme aquí cansado de «saborear» las sandeces que escribe el «cursi» López Peña y ya no puedo dejar por más tiempo el velo que constantemente le envuelve, y por lo tanto le hace héroe de sus mentidas informaciones.

El Sr. López Peña, cree que con escribir cuatro falsas noticias, está cumplida la misión del corresponsal.

Hay que ser formal y escribir con cálculo y saber lo que se escribe, porque sinó, se expone uno á que le tomen medida de una cazadora con un buen «roten».

¿No comprende V., Sr. López Peña, que con sus falsas informaciones, lo que hace es poner en ridículo á las personas que quiere defender?

¿No comprende V. que con los bombos que insulsamente prodiga á sus paisanas Pilar, Eduviges, Amparo y Concha Trujillo, lo que consigue es ponerlas en evidencia?

Desengáñese V., Sr. López, le quieren á V. menos que yo á Mac-Kinley, y por lo tanto deje de insultarlas, y es que los bombos de V. son insultos, porque no sabe V. darlos.

¿No cree V. que mezclar la «chifladura» con la información de la prensa es incorrecto, poco culto y tiene mucho de ofensivo?

¿Qué culpa tienen los lectores de «La Tribuna» y de «La Provincia» que los sentidos de V. se hayan declarado en huelga, para que les obligue á leer las «lindezas» que publica como información?

Yo siento decirle que no es cierto nada de lo que en sus comunicados pone, pero sí es cierto que las señoritas de Trujillo están puestas siempre en «berlina», porque V. las pone con sus «escritos.»

Siento el llamarle la atención por ellas, pero es necesario, porque creo que de esta forma V. se reconocerá y no seguirá informando tan mal y por lo tanto le evitaré serios disgustos.

¡Ah! Mi amigo D. Manuel Rodríguez, ilustrado corresponsal de «La Tribuna», está indignado con V., Sr. López Peña, porque dice—y con razón—que es V. un desahogado. Y esto lo dice porque en un comunicado que hace poco publicó dicho señor en «La Tribuna» decía lo siguiente: «se celebró en el domicilio de nuestro distinguido y querido amigo D. Juan Felix Ruíz de Castañeda una interesante y magnífica velada, como á las que dicho señor, campeón infatigable de todo cuanto redunde en beneficio y solaz de este pueblo, nos tiene acostumbrados.»

«Avidos de pasar rato tan feliz como prometia tan atractiva fiesta, fuimos á ella infinidad de concurrentes, y si he de decir verdad, no fueron defraudadas nuestras esperanzas; pues á más de ser espléndidamente obsequiados con pastas y licores durante el tiempo que aquella permaneció, estuvimos embriagados por la suave y delicada fragancia que esparcía aquel ramo de flores tan galanas, como el que componían las lindas é ideales señoritas que en ella vimos y que con su belleza y gracia tanto esplendor saben dar á esta clase de fiestas.»

Y el Sr. López Peña dice:

«Se celebró en el domicilio de nuestro distinguido y querido amigo D. Valentín Trujillo, una tan interesante y magnífica velada, como á las que dicho señor, campeón infatigable de todo cuanto redunde en beneficio y solaz de este pueblo, nos tiene acostumbrados.

Avidos de pasar rato tan feliz como prometía tan atractiva fiesta, fuimos á ella infinidad de concurrentes, y si he de decir verdad, no fueron defraudadas nuestras esperanzas; pues á más de ser expléndidamente obsequiados con pastas y licores durante el tiempo que aquella permaneció, estuvimos embriagados por la suave y delicada fragancia que esparcía aquel ramo de flores tan galanas, como el que componían las lindas é ideales señoritas que en ella vimos y que con su belleza y gracia tanto explendor saben dar á esta clase de fiestas.»

Esto creo sea plagia en mi tierra, y con razón el Sr. Rodriguez no es extraño que le de á V. una lección.

Por otra parte, lo poco que hace V. de su cosecha son «disparates» que nadie que tenga conocimientos literarios podrá entender, pero hablarle á V. de literatura es como si se le explicará filosofía al «tonto» de mi pueblo, si fuera de «zurzir» y «cortar», con seguridad que V. no quedaba detrás de nadie.

No quiero «sacar» más; basta con lo dicho para que deje V. las informaciones falsas y solo sea un fiel corresponsal, por más que yo creo, que lo que V. debe de hacer, es dejar las plumas y no atentar contra la literatura, ni ponga en rídiculo á nadie, y de esa forma se evitará V. muchos disgustos, que siguiendo como hasta aquí, necesariamente se tiene que proporcionar.

Ya sabrá V. que la paciencia se acaba y que siempre no se dá con personas prudentes.

Es un consejo, López Peña.

Las tres X. X. X.

LUCRECIA.

Una diferencia enorme y muy característica existía entre la casa griega y la casa romana. Mientras en la primera, más vecina al Asia y con el Asia más correlativa, existía un gineceo, apartamento destinado a las mujeres, pálido recuerdo del harén oriental, en la segunda, fundada la familia en la divina piedra de la igualdad, mujer y marido disfrutaban de las mismas habitaciones, lo cual traía mayores intimidades á todos los miembros componentes del hogar, y mayor predominio á la esposa sobre su cónyuge y á la madre sobre sus hijos.

Dadas las costumbres latinas, que facultaban á la mujer para en su hogar presidir, fácilmente se comprende que Lucrecia, debía instalar su visitante huésped en el más cómodo lugar; y por lo tanto, en habitaciones quizás lejanas á las suyas, pero dando sobre los patios interiores.

El romano en aquellos primitivos tiempos ofrecía tanto culto al honor de sus matronas como al poder de sus divinidades. Lucrecia no se curò ni de puertas ni de cerrojos, pues no creía posible ningún atentado á su honra, guarecida por el culto de los romanos á estas instituciones de la familia.

Desconocer la hospitalidad, herir á un amigo en su honra, profanar el lecho nupcial, obscurecer con beso adúltero la frente de una matrona, era como arrancar á Roma la piedra más fundamental de todas sus instituciones. Pues nada contuvo al perverso Sexto Tarquino la noche aquella, en que creyéndolo todo permitido al heredero de un trono, deshonró á Lucrecia.

Aprovechando el silencio de la noche Sexto Tarquino, á la cabezera del hospitalario lecho grangeado por el cariño de una grande amistad, coge su luz y la espada de general, que para mejores empresas le diera su patria, y se dirige al cuarto de Lucrecia.

La vergüenza, el pudor y el espanto, no permitieron á aquella casta mujer pronunciar otras palabras que las de *prefiero antes la muerte.*

Pero el infame Sexto Tarquino le respondió como su honra se hallaba más perdida negándose que cediendo, pues proponíase, después de matarla traer un esclavo, colocarlo junto a ella desnudo y muerto en el mismo lecho para difundir la especie de haberlo enamorado y atraido à sus brazos la matrona.

Tras reflexiones, súplicas, amenazas, resistencias múltiples, en palabras y lágrimas y fuerzas se agotaron, Lucrecia fué vencida por la tenacidad inconcebible de aquel avieso raptor, quien salió huido seguidamente hácia el campo militar, más orgulloso de su crimen, que satisfecho de placeres tan resistidos y por fuerzas físicas é imposiciones brutales torpemente alcanzados.

Lucrecia, congrega la familia: á su padre Lucrecio, á su esposo Colatino y á Bruto, tío de éste, les narra lo sucedido y les comunica su resolución de matarse. Al oirla, quieren evitarlo; pero con la rapidez del rayo saca un cuchillo que llevaba oculto en los pliegues de su traje, se lo hunde con furor en el pecho y cae sin aliento á los pies de los suyos, muerta por no sobrevivir á su deshonra.

Lucrecio y Colatino, con el dolor propio de padre y esposo, abrázanse cual dos naùfragos próximos á morir juntos; pero Bruto, menos interesado en el aspecto doméstico de aquella tragedia y más interesado en el aspecto político, saca de la herida el puñal, y por aquella sangre casta y pura, jura fundar un gobierno libre y destruir con los monarcas etruscos, la monarquía romana. Su elocuencia, fué escuchada por todas partes y lo mismo en el Foro que en los templos, su partido aumentó estraordinariamente.

Los dos grandes motores de las acciones humanas, el odio y el amor, se juntan; amor á los héroes libertadores, odio á los tiranos vencidos, y de consuno destrozan aquella monarquía corrompida y funden una tan fuerte como austera Repùblica.

Así la nueva institución brotó en Roma, exigiendo por su naturaleza y por su origen austerísimas virtudes.

Jiménez.

Secciòn recreativa

Soluciones del número anterior.

—

A la charada: BERGAMOTA.

A la fuga de vocales:

Sobre hielo edifiqué
la torre de mi ilusión;
como estaba sobre hielo,
al deshacerse se hundió.

Ciudad-Real Imp. «LA ENSEÑANZA».

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Juventud Torralbeña, La. 23/4/1898. Originales cedidos por D. Anastasio Martínez Carrasco. Digitalización: Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (UCLM)